



Estudios de Asia y África

ISSN: 0185-0164

reaa@colmex.mx

El Colegio de México, A.C.

México

Varela, Hilda

La complejidad de la seguridad regional en África subsahariana en la posguerra fría
Estudios de Asia y África, vol. XXXVII, núm. 3, septiembre-diciembre, 2002, pp. 559-571

El Colegio de México, A.C.

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=58637306>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

ASIA Y ÁFRICA ACTUALES

LA COMPLEJIDAD DE LA SEGURIDAD REGIONAL EN ÁFRICA SUBSAHARIANA EN LA POSGUERRA FRÍA

HILDA VARELA

Colegio de México

En términos estratégicos, la guerra fría se caracterizó principalmente por la definición de la seguridad internacional en términos militares¹ —lo que aceleró la carrera armamentista— y por la proliferación de conflictos de baja intensidad en distintas partes del mundo, sobre todo en aquellas áreas consideradas como la periferia del sistema internacional. África subsahariana no fue la excepción, con el estallido de diversos conflictos armados.²

No obstante, si se toma como punto de referencia a la gran potencia capitalista —Estados Unidos— durante la guerra fría había una *gran amenaza* a la estabilidad del sistema internacional: el llamado “totalitarismo comunista”, corporizado en la Unión Soviética y sus aliados. En esa óptica, la posición

¹ En la perspectiva clásica y en términos militares, la seguridad está referida a las capacidades —ofensiva y defensiva— del armamento y a la percepción de los estados en cuanto a las intenciones de estados rivales. B. Buzan, 1991. *People, States and Fear*. Boulder, Lynne Rienner, pp. 35-39; B. Buzan, 1991a “Is international security possible?”, en K. Booth (ed.) 1991. *New Thinking about Strategy and International Security*. Londres, Harper Collins Academic, pp. 34-35.

² Por ejemplo, los intentos separatistas en Nigeria en los años sesenta, en la República Democrática del Congo (Katanga) en los años sesenta y en 1977-1978 (en esa época con el nombre de Zaire) y en Eritrea; la guerra civil en Sudán, Angola, Mozambique y Chad, el conflicto fronterizo entre Burkina Faso y Mali en 1985; la invasión sudafricana a Angola iniciada a finales de 1975, la guerra entre Somalia y Etiopía entre 1977 y 1978, la guerra entre Uganda y Tanzania, en 1978-1979 y las guerras de independencia de Namibia y Zimbabwe en los años ochenta, entre otros.

de los países de África subsahariana en el sistema internacional estaba determinada por consideraciones geoestratégicas (seguridad internacional), definidas en términos militares, y tanto los conflictos en África como la problemática de la estabilidad y seguridad regionales tenía la mitología de la guerra fría como principal referente.

Durante la guerra fría —periodo que corresponde a las tres primeras décadas de vida independiente de casi todos los países de África subsahariana— la elaboración de las agendas de seguridad, no sólo regional sino incluso nacional, de los Estados africanos, era determinada por el enfrentamiento bipolar. En gran parte debido a su extraordinaria fragilidad y a las características del orden internacional de los años sesenta y setenta, con el nacimiento a la vida independiente la gran mayoría de los Estados africanos optaron por buscar la protección de alguna potencia externa, dando origen a nuevas formas de clientelismo. A la sombra del discurso bipolar, gran parte de la “ayuda” externa era utilizada por los jefes de Estado africanos tanto para “comprar” lealtades de individuos y de grupos como para reprimir a la disidencia en el ámbito interno: para las grandes potencias la “ayuda” externa servía para garantizar una relativa estabilidad estratégica del sistema internacional en África subsahariana, sin embargo, ésta agudizaba la vulnerabilidad política de los regímenes locales y por lo tanto incrementaba los riesgos de inseguridad regional.

En el contexto de la mitología de la guerra fría, basada en el etéreo concepto de “interés nacional”, las raíces —casi siempre profundas³— de los conflictos bélicos africanos parecían desaparecer. Este hecho contribuyó, por un lado, a ocultar y a profundizar la *inseguridad* —sobre todo interna— de dichos Estados y, por otro, a distorsionar la función de los ejércitos⁴

³ Entre otras: la ausencia de mecanismos de expresión política para la población civil en el marco de regímenes dictatoriales y corruptos, la ausencia de confianza de la población en la élite gobernante, relaciones de explotación entre diferentes grupos étnicos —casi siempre fortalecidas o estimuladas durante el periodo colonial— que se traducen en tensiones étnicas, represión de intereses de grupos políticos, étnicos o religiosos minoritarios y la desigualdad y la injusticia extremas, entre otras.

⁴ En estados carentes de legitimidad interna y como secuela del periodo colonial, el principal papel de los ejércitos es sostener al régimen en turno, realizando tareas represivas.

y la definición de las amenazas y de la seguridad nacional, identificada como la seguridad del Estado —y en muchos casos con la seguridad personal del mandatario— pero no con la seguridad de la población local.

En el contexto internacional, los mecanismos de manejo y solución de los conflictos internos y regionales estaban regidos por la lógica bipolar: poco tiempo después de creada la Organización de las Naciones Unidas (ONU), la disputa entre las dos superpotencias se traduciría en la incapacidad del Consejo de Seguridad para actuar de acuerdo con lo previsto en la Carta con el fin de solucionar los conflictos.⁵ La formación de las operaciones de paz en el marco de la ONU —*peacekeeping* conocidas coloquialmente como *cascos azules*— pretendieron romper con esa incapacidad, aunque tomando en cuenta la cantidad de conflictos surgidos durante la guerra fría a escala mundial fueron pocas las operaciones de paz,⁶ su neutralidad política muchas veces fue cuestionada y sus resultados fueron a veces dudosos.

Al concluir la guerra fría, estas operaciones han tomado nueva fuerza y se han diversificado⁷ en todo el mundo: mientras que en 1988 tenían lugar sólo cinco operaciones de *cascos azules*, en 1994 había 17 y en los primeros meses de 2001 sumaban 19. Entre 1989 y 2001 se han llevado a cabo por lo menos siete operaciones de paz de las Naciones Unidas en África subsahariana —de las cuales tres estaban vigentes a principios

⁵ L. Manokou, 1999, "L'Afrique et le conseil de sécurité de l'ONU (1946-1990)", *Guerres mondiales et conflits contemporains*, 49 (1996), pp. 12-13.

⁶ Entre 1946 y 1989 hubo 14 operaciones de las Naciones Unidas. En África subsahariana, durante la guerra fría, la única operación de fuerzas de paz de las Naciones Unidas se llevó a cabo en la entonces República Democrática del Congo (más tarde Zaire y después de 1994 de nuevo República Democrática del Congo), entre 1960 y 1964. En el transcurso de esa operación —en la cual participaron con contingentes militares ocho países de África subsahariana— y en una situación confusa, fue derribado el avión que transportaba al secretario general de la ONU, quien falleció en el incidente. En 1989 dieron inicio dos operaciones de Naciones Unidas en África subsahariana: en Angola y en Namibia. L. Manokou, 1999, p. 16.

⁷ En la posguerra fría, en una perspectiva optimista que supone que es posible crear e implementar mecanismos internacionales para prevenir y resolver los conflictos y para la democratización, ha surgido la tendencia a clasificar las intervenciones de los *cascos azules* en tres rangos: operaciones mantenimiento de la paz (*peacekeeping*), operaciones para hacer la paz (*peacemaking*) y, las más polémicas, las operaciones de construcción de la paz (*peacebuilding*).

de 2001⁸—, con el incremento del número de países africanos que participan —a veces de manera casi simbólica— con contingentes militares. Se ha interpretado la nueva dimensión de los *cascos azules* como una situación de ventaja para Estados Unidos —la única superpotencia— país que ha aprovechado la coyuntura para legitimar sus acciones y sus intereses. Al mismo tiempo, el colapso de numerosos regímenes autoritarios ha incrementado los riesgos de crisis humanitarias severas, con el aumento de las presiones de la opinión pública para llevar a cabo más intervenciones externas.

La seguridad en la posguerra fría

Al inicio del siglo XXI, en diversos estudios de la globalización, la “paz global”⁹ del capitalismo sin rival, que caracterizó la década de 1990, y la expansión de la economía mundial —con la promesa de una prosperidad inducida por las fuerzas del mercado—, fueron interpretados como indicadores inequívocos de la nueva era globalizadora, con el surgimiento de nuevas tendencias propicias a la paz y a la estabilidad del sistema internacional, favoreciendo el incremento cuantitativo y cualitativo de la cooperación, principalmente en el campo económico, sustentada en el fortalecimiento de la interdependencia compleja. Los intereses económicos, se decía, eran en forma simultánea los incentivos para cooperar y para reducir los riesgos de un conflicto bélico. De acuerdo con esta tesis, la seguridad concebida en términos militares habría perdido la primacía en la política internacional, siendo desplazada por nuevas preocupaciones, tomando auge en foros internacionales la denominada “nueva seguridad”.¹⁰ En

⁸ En los primeros meses de 2001, se desarrollaban operaciones de paz de *cascos azules* en Sierra Leona, República Democrática del Congo y en la frontera de Etiopía y Eritrea. T. Nkiwane, 2001. “The future of peacekeeping in Africa”, *Africa Insight*, 30 (3-4), p. 29.

⁹ Este término —utilizado por S. Talbott— hace énfasis en la desaparición de la guerra fría, en cuyo contexto esa paz estaría reservada a Estados Unidos y sus aliados. S. Talbott, 2000. “The crisis in Africa: Local war and regional peace”, *World Policy Journal*, 17 (2), p. 21.

¹⁰ La nueva definición de seguridad comprende, además de las dimensiones tradicionales —política, militar y de defensa— las dimensiones económica, social y ecológica e implica una nueva forma de concebir las amenazas militares.

los círculos vinculados con el Pentágono, se hacía énfasis en que había dado inicio un proceso de transformación de la política de seguridad de Estados Unidos, acorde con su redefinición histórica.

En esa línea de pensamiento —al menos hasta antes del 11 de septiembre de 2001— algunos fenómenos parecían un anacronismo si se cotejaban con el nuevo discurso de seguridad internacional,¹¹ sobre todo el estallido de diversos enfrentamientos armados en distintas partes del mundo. En el plano teórico, los estudios que tienen como núcleo la seguridad internacional no compartían la imagen optimista de un orden internacional más pacífico y estable en la posguerra fría y sostenían que, a corto plazo, tanto analistas de la realidad internacional como altos estrategas militares de Estados Unidos empezarían a manifestar nostalgia por la relativa certidumbre en cuanto a la *gran amenaza* a la seguridad internacional de la guerra fría: esa amenaza, antes monolítica, parecía haberse roto en mil pedazos, con el surgimiento de múltiples amenazas.

En los años noventa, probablemente fue África subsahariana la región del mundo más afectada por el surgimiento de múltiples amenazas, lo que se tradujo en el recrudecimiento de violentos conflictos bélicos.¹² Las guerras civiles en Somalia, República del Congo, Sudán y Angola; los conflictos político-religiosos en Uganda y en Nigeria; el conflicto latente —con algunos estallidos violentos— basado en la dinámica clase social-color de la piel en Zimbabwe; la guerra entre Etiopía-Eritrea y, sobre todo, dos grandes conflictos regionales: en la zona de los grandes lagos —con la intervención de varios países africanos— y en la parte occidental, desde la parte sur de Senegal hasta Liberia —con la intervención de cinco países africanos—, demuestran la extraordinaria complejidad de la seguridad. En algunos aspectos esenciales, podría afirmarse que cada uno de

¹¹ Estados Unidos, por ejemplo, mantuvo su presupuesto bélico casi inalterable e incrementó su capacidad militar. Al finalizar la década de 1990, su presupuesto de defensa era aproximadamente de 279 000 millones de dólares, tenía un millón 380 mil soldados y un sofisticado arsenal, que incluía tanques M-1, aviones tipo *fighters* F-15 y F-16, aviones bombarderos F-117 y cohetes de alta precisión. E. A. Cohen, 2000. "Defending America in the twentieth-first century", *Foreign Affairs*, 79 (6), p. 40.

¹² Talbott, 2000, p. 21; W. Thom (2000) "Regional studies: Africa's security issues through 2010", *Military Review*, 80 (4), p. 2.

estos conflictos es único. No obstante, el rasgo común que los identifica entre sí es el riesgo de que la población civil sea el principal objetivo de la violencia y el surgimiento de una nueva forma de guerra de guerrillas, protagonizadas por milicias irregulares y sobre todo por bandas armadas, al margen de una convicción política o ideológica.

Las consecuencias del fin de la guerra fría

En términos estratégicos, en el caso de África subsahariana se pueden destacar por lo menos cuatro grandes consecuencias del fin de la guerra fría, aunadas a las nuevas condiciones de la economía mundial. La primera ha sido la indudable pérdida de relevancia de la gran mayoría de los países del subcontinente en la escena internacional, los cuales en conjunto tienen una débil participación en la economía mundial y un bajo perfil político en los distintos foros internacionales, desde las Naciones Unidas hasta la Organización Mundial del Comercio.

La segunda gran consecuencia es la complejidad de los nuevos problemas de seguridad, sobre todo en el plano regional, que enfrentan los países subsaharianos. Sin negar la relevancia de las amenazas externas, la vulnerabilidad interna de los Estados africanos es la principal fuente de los problemas que ponen en riesgo la seguridad. Esa vulnerabilidad comprende, entre otros factores, la persistencia de aparatos estatales débiles, en manos de gobiernos corruptos y represivos, muchas veces sin capacidad para controlar a ejércitos indisciplinados y mal pagados; la agudización de las distorsiones de las economías locales y de las desigualdades internas y regionales (con el crecimiento de la pobreza extrema), agravada por la ausencia de cohesión política y social; el deterioro ecológico; las migraciones ilegales y el avance de enfermedades. Estos factores se traducen en el clima de extraordinaria inseguridad en el que vive la población interna: esos Estados, a veces al borde del colapso, se convierten en la principal fuente de violencia política y de inseguridad, en el contexto de las luchas por el poder del aparato estatal.

En tercer lugar, por primera vez desde el inicio del período colonial —finales del siglo XVIII y principios del XIX— los

gobiernos africanos están adquiriendo la capacidad para fijar sus propias agendas de seguridad: al debilitarse el interés que guiaba a las potencias fuera de África —las antiguas metrópolis coloniales y las dos superpotencias de la guerra fría— en el ámbito regional éstos han empezado a involucrarse en compromisos militares por su propia cuenta.

En este contexto, destaca la posibilidad de que un fenómeno reciente, consistente en la creación de operaciones militares —técnicamente definidas como “mantenimiento de la paz” o “construcción de la paz”¹³ por iniciativa de gobiernos africanos encabezados por la denominada “nueva” generación de dirigentes políticos —Y. Museveni en Uganda, Kagame en Rwanda, T. Mbeki en Sudáfrica, I. Afwerki en Eritrea, M. Zenawi en Etiopía— se incremente a corto y mediano plazo. Es importante señalar que esta posibilidad coincide con diferentes factores internos, regionales e internacionales, como el surgimiento de nuevos líderes africanos; la drástica caída de la “ayuda” externa, la tendencia hacia el desinvolucramiento de los conflictos en los Estados débiles africanos de las ex metrópolis y de las antiguas potencias de la guerra fría¹⁴ y las presiones ejercidas en los últimos años por algunos gobiernos occidentales, con la finalidad de que algunos Estados africanos asuman en términos militares la “responsabilidad” por la seguridad africana, como nuevos policías regionales, al servicio de intereses globales.

En los últimos años de la administración Clinton y después de la experiencia en Somalia, que puso en evidencia los riesgos de intervenir militarmente en conflictos mal conocidos, con relevancia estratégica mundial confusa o inexistente y que pueden degenerar en un caos regional, Estados Unidos inició los esfuerzos para comprometer a algunos gobiernos africanos —calificados como “decisivos” en los nuevos cálculos de seguridad regional— en la formación de una fuerza interafricana con capacidad para intervenir en conflictos internos. Conoci-

¹³ El ejemplo más notable es la formación de fuerzas de paz en el marco de la Comunidad Económica de Estados de África Occidental —ECOWAS por sus siglas en inglés— para intervenir militarmente en las guerras civiles en Liberia, Sierra Leona y Guinea-Bissau.

¹⁴ W. DeMars, 2000. “War and mercy in Africa”, *World Policy Journal*, 17 (2), p. 2.

da como *African Crisis Response Initiative* (ACRI), esta propuesta simboliza la crisis de las operaciones de paz de las Naciones Unidas y en el plano teórico está orientada a introducir un mecanismo de intervención para el manejo de los conflictos y para la protección de población civil, mecanismo que podría ser aplicado por Estados o por organismos regionales exclusivamente africanos.

Recibida con escepticismo por algunos jefes de Estado del continente, pero bien aceptada por otros, aunque la formación de esa fuerza interafricana de intervención continúa siendo un proyecto a principios de la década de 2000, 6 000 soldados de siete países africanos han empezado a recibir equipo y entrenamiento militar de fondos estadounidenses. Parece indudable que esos Estados están incrementando su capacidad militar para intervenir en conflictos armados, pero no necesariamente con la finalidad de favorecer la paz y proteger a la población civil.

La posibilidad de que los gobiernos africanos tengan libertad para fijar sus propias agendas de seguridad suscita temores. Esta situación puede estimular las tendencias expansivas en algunos líderes africanos, sobre todo si se toma en cuenta tanto la persistencia de regímenes autoritarios y la fragilidad de los procesos de transición política en numerosos países como las secuelas de viejas alianzas y disputas hegemónicas entre regímenes africanos, forjadas en la lógica del discurso bipolar: sigue siendo una práctica común el hecho de que grupos armados busquen la protección de gobiernos de países vecinos. Por lo tanto esta libertad, al menos potencial, puede volver más compleja la problemática de seguridad regional.

La cuarta consecuencia —en términos estratégicos la más amenazante para la seguridad regional— del fin de la guerra fría en África subsahariana es la creciente tendencia hacia la privatización de las guerras, con el surgimiento de los denominados “señores de la guerra”, que pueden ejercer un control efectivo en partes importantes del territorio, amenazando la precaria soberanía y seguridad del Estado. Estos “señores” de la guerra han surgido en países tan diversos como Somalia, Sierra Leona, la conflictiva zona de los grandes lagos (entre la República Democrática del Congo, Rwanda, Burundi y Ugan-

da), Liberia, República del Congo, Sudán y Angola, entre otros. Sólo en casos contados los grupos armados constituyen grupos políticamente opositores al régimen.

La naturaleza de los grupos rebeldes armados, en comparación con aquellos que protagonizaron los conflictos bélicos de la guerra fría, se ha deteriorado: a diferencia de la insurgencia de los años 1960 a 1980, desde finales del siglo xx los grupos rebeldes por lo general se caracterizan por la ausencia de una motivación política, no intentan “legitimarse” afirmando que defienden intereses de la “nación” o identidades étnicas y por lo tanto la violencia es dirigida contra la población civil en general. Este fenómeno implica el surgimiento de amenazas asimétricas, que afectan tanto a la seguridad nacional como a la seguridad regional, con la proliferación de diversos y pequeños grupos que no reconocen a un líder común, ni se identifican con una comunidad imaginada (nación), que recurren a la violencia como forma de obtener ganancias personales, que trafican con recursos minerales o asaltan organizaciones humanitarias, que pueden ser manipulados por intereses externos y que utilizan como soldados a niños y a jóvenes desempleados, con mínima o nula instrucción escolarizada y sin futuro. Estos soldados improvisados —niños y jóvenes— aprenden que robar, asesinar y consumir drogas y alcohol son formas “normales” de comportamiento.

Existe una estrecha relación entre la proliferación de los “señores de la guerra”, el fin de la “ayuda” externa y el deterioro de los aparatos estatales extraordinariamente vulnerables surgidos durante la guerra fría.

Conflictos potencialmente más destructivos

Es preciso tomar en cuenta que la guerra en la realidad internacional es inevitable, por lo tanto el problema no es cómo eliminarla, sino cómo hacer menos factible que los conflictos asuman un carácter violento y cómo encontrar mecanismos de solución. En África subsahariana, desde los años sesenta, han muerto en los conflictos bélicos —casi siempre internos— más de tres millones de personas, entre soldados y población civil.

En la zona subsahariana las guerras siguen siendo fundamentalmente de carácter interno y en algunos casos pueden desencadenar el colapso de estados débiles o bien una intervención militar externa y degenerar en un conflicto regional. Hacer la guerra en esa región es más barato y fácil a principios del siglo XXI que durante la guerra fría: se trata de guerras relativamente fáciles de financiar, pero muy difíciles de controlar.

Esas bandas armadas pueden contar con armamento moderno —fabricado en la ex Unión Soviética y en los países de Europa central y del este, a precios bajos o bien producto del desmantelamiento del arsenal de los regímenes locales “estratégicos” de la guerra fría— y con recursos más o menos sofisticados de comunicación (incluidos los teléfonos celulares). Como se mencionó antes, este fenómeno es más frecuente en el contexto de estados débiles, que tienen una frágil cohesión social y política, una sociedad civil inexistente o sumamente débil y con ejércitos desorganizados, mal pagados y cuya principal función ha sido la represión interna (y no la defensa de amenazas externas). Al margen de convicciones políticas, muchos de los “señores” de la guerra formaron parte del ejército o de la policía, y ante el derrocamiento del régimen corrupto y represivo y en medio de la ausencia de una alternativa política viable y democrática, decidieron convertir la guerra en un “negocio” privado. Estas características pueden convertirse en la tendencia de los enfrentamientos armados en la próxima década.

A partir del fin de la guerra fría y después de tres décadas de crisis cíclicas, esos conflictos bélicos han tenido un impacto cada vez más destructivo en estructuras debilitadas,¹⁵ con lo que alteran sensiblemente los precarios equilibrios entre diferentes grupos étnicos y religiosos y pueden favorecer el surgimiento de formas extremas de violencia, debido a que en muchas ocasiones el principal objetivo es atacar a la población civil. De manera irónica, en un continente gravemente golpeado por las dificultades de la economía mundial, un gasto relativamente pequeño puede tener efectos más destructivos.

¹⁵ Talbott, 2000, p. 23; Thom, 2000, p. 4.

Los “nuevos” líderes regionales

La seguridad regional en África subsahariana, como la seguridad en el ámbito internacional, necesariamente es relativa, nunca es absoluta y puede ser analizada en términos de patrones de amistad y enemistad entre los regímenes de la región con lo que se desarrolla esquemas de seguridad compleja, lo que implica que las preocupaciones prioritarias de seguridad están unidas de manera tal que la seguridad nacional de estos Estados no puede ser considerada en términos realistas en forma separada una de otra. En ese contexto el gran reto es la creación de mecanismos que propicien niveles satisfactorios de seguridad regional, que sean compatibles con el desarrollo económico y con la construcción de democracias internas.

Algunos observadores han puesto especial atención al surgimiento de los denominados “nuevos líderes regionales” y a lo que parece ser un incipiente proceso de formación de potencias medias regionales, apoyadas en nuevas alianzas y con una mayor capacidad militar frente a sus vecinos. El rasgo más singular de estas nuevas alianzas parece ser que su acercamiento está motivado en consideraciones tácticas, no estratégicas, unidas en torno a una amenaza común (a una enemistad común) pero con pocos o nulos lazos de amistad. Esos Estados potencialmente fuertes —en el contexto africano— pueden llegar a asumir compromisos militares fuera de sus fronteras, para defender sus propios intereses, que no necesariamente coinciden con los intereses de la población local. Entre estos países destacan Sudáfrica, Nigeria, Angola, Uganda, Etiopía y Zimbabwe, países que además enfrenten problemas internos.

En este sentido, algunos observadores subrayan la pertinencia de iniciativas como ACRI, con la creación de fuerzas de paz regional. Sin embargo, esto conlleva el riesgo de “legitimar” intervenciones armadas, tomando en cuenta además que esos Estados pueden participar con la finalidad de incrementar su propia capacidad militar en operaciones antiinsurgentes en su propio país o para llevar a cabo intervenciones militares en otros países, sin que exista un interés por la paz. Esta asistencia militar puede favorecer las salidas militares para solucionar los conflictos, tanto internos como regionales.

El papel de estos “nuevos líderes” puede ser decisivo tanto para la creación de mecanismos efectivos de seguridad regional y para una nueva escala militar, impulsada por tendencias expansionistas, como para la definición de una nueva agenda de seguridad¹⁶ enfocada a la satisfacción de las necesidades básicas de la población (comida, habitación, educación, salud y supervivencia en condiciones humanas) y a la erradicación de las estructuras de poder que han hecho posible la existencia de altos niveles de injusticia, impunidad y, por lo tanto, inseguridad regional.

El proceso de globalización de la pobreza

Es importante señalar que la tesis de la devaluación de África en la escena internacional ha sido utilizada como pretexto para excluir al subcontinente tanto de los principales planes de prevención de los conflictos, mantenimiento de la paz y definición de estrategias de seguridad internacional, como de los análisis de la mundialización, simplemente al descalificar a la gran mayoría de los 48 Estados independientes de la región subsahariana, con el argumento falso de que son “analíticamente irrelevantes”. Esta descalificación, que tiende a acentuarse después de los acontecimientos de septiembre de 2001, sirve para ocultar una realidad: las sociedades y las economías africanas han sido excluidas del crecimiento de la economía mundial, en el contexto de un proceso de globalización de la pobreza.¹⁷

Sin embargo, debido a su población —considerada tanto en términos cuantitativos (más de 650 millones de habitantes) como cualitativos—, a sus recursos naturales, a la complejidad de los nuevos problemas de seguridad regional en una realidad internacional tendencialmente mundializada y a sus fuertes lazos con Occidente, África subsahariana está adquiriendo una nueva importancia estratégica y no puede ser eliminada en los

¹⁶ C. Thomas, 2001, “Global governance, development and human security: exploring the links”, *Third World Quarterly*, 22 (2), pp. 161-162.

¹⁷ K. A. Ninsin, “The quest for democracy”, *Africa Insight*, 30 (3-4), 2001, p. 13.

cálculos de seguridad internacional y en el análisis de la política mundial: ocupa una posición emergente en la seguridad mundial, cuyo papel no está aún definido. La incipiente “libertad” para actuar militarmente puede quedar coartada en la nueva coyuntura internacional, con el riesgo de la imposición de fuerzas con capacidad militar para actuar regionalmente, pero de acuerdo con la nueva categoría de amenazas a la seguridad del sistema, englobada en el polémico término de “terroristas”.❖